El puente del escritor /Pa

Ella lo bautizó con el nombre de “El puente del Escritor”. Se encuentra en el río Darro, cauce que corre a los pies de la Alhambra y hace de frontera entre la colina de este monumento y el barrio del Albaicín. El nombre real de este puente, no es uno solo sino varios. En tiempos lejanos se le conocía con el nombre de puente del Aljibillo, diminutivo de aljibe. Luego se le empezó a llamar puente del Rey Chico y en escritos de relatos más recientes, se habla de este lugar con el calificativo de Puente del Almez.

Pero ella un día escribió: “A partir de ahora yo voy a llamar a este lugar “Puente del Escritor”. La razón que tenía para pensar esto, es hermosa: una tarde de otoño, al poco de comenzar el curso universitario en la ciudad de Granada, sola subía por la Carrera del Darro. Comiéndose un pequeño bocadillo y como meditando. Justo en la puerta de la iglesia de San Pedro, el hombre mayor se había parado frente al gato gris y lo llamaba. Intentando que se acercara para darle algo de comida. Y tan concentrado estaba llamando a este animal que ni siquiera se dio cuenta que ella se acercaba.

La vio a su lado justo al moverse para hacer una foto y quedó sorprendido. De cuerpo delgado, tez blanca, pelo rubio y cara fina y bella, enseguida pensó que sería estudiante universitaria. Sabía que en Granada, son muchos los jóvenes estudiantes universitarios que por estas fechas se mueven de un lado para otro de la ciudad. Ni siquiera saludó pero sí mostraba interés por el gato gris a rayas. Se fijaba en él, lo empezó a llamar al tiempo que le ofrecía un trozo de su bocadillo.
- Es desconfiado aunque parece que quiere acercarse.
Comentó el hombre.
- Siempre que paso por aquí, lo veo y aunque lo llamo, nunca se acerca para que lo acaricie.
Aclaró ella. Comentaron luego un par de cosas más y al final la joven explicó:
- Soy estudiante, vivo en el Paseo de los Tristes y mi país es Alemania.
- Dirección al Paseo de los Tristes camino yo.
- ¿Buscas algo por ahí?
- Solo camino hasta el último puente. Ahí me siento un rato, observo, a veces respondo a preguntas que los turistas me hacen y otros días, escribo. Es éste, un lugar hermoso, único en Granada y en el mundo y, para mí, lleno de símbolos, recuerdos y sueños. Por donde el Puente del Almez y este río Darro, se esconden y palpitan muchos, muchos misterios y mundos repletos de poesía. La música que brota de los silencios por este lugar, no es comparable a ninguna otra melodía creada por los humanos.

Dejaron al gato en su mundo y con sus miedos. La invitó a caminar hacia el puente y fue cuando ella de nuevo confesó:
- Granada, este rincón donde vivo cerca del río y frente a la Alhambra, es lo que más me gusta en el mundo. Y este gato que hemos visto aquí, también me causa gozo cada vez que al pasar lo encuentro. ¿Sabes dónde vive?
Aprovechó la pregunta y explicó:
- A su madre, una gata negra y misteriosa, la he visto muchas veces en el pequeño patio de la casa de Castril. Vivía en el poyo de la ventana, dormía sobre un cartón que alguien le puso ahí y se dejaba acariciar por mí, cuando al pasar la llamada.

Un día descubrí que estaba preñada, unos meses después desapareció de aquí y entonces pensé que habría parido. Lo comprobé mes y medio más tarde. La volví a ver, justo por donde hace un momento estaba el gato y eran cuatro los gatitos que tenía. Ya bastante grandes, dos negros, el gris blanco que conocemos y otro negro y también blanco. Alguien les ponía comida tras la cancela que cierra la puerta delantera de la Iglesia. Al pasar, durante un tiempo, seguí viendo a la gata negra y a los cuatro bebés cada día más grandes. Hasta que un día, dejé de ver a la madre y luego a los dos negros y al blanco y naranja. Y ahora, desde hace tiempo, solo de vez en cuando, veo al que hemos dejado ahí.
- ¿Y qué le pasó a la madre y a sus dos hermanos?
- Creo que han muerto. Puede haberlos atropellado un coche o algo parecido.
- ¡Qué pena!
Exclamó simplemente.

Llegaron al comienzo de la pequeña plaza por donde, justo al frente y a la derecha, apareció la Alhambra sobre la colina. Comenzó a oírse el correr del agua por el cauce del río Darro aquí mismo y a los pies de la Alhambra, de los álamos levantó vuelo un mirlo, se veía coronando en todos lo alto, el blanco edificio del Generalife y por esta pequeña plaza del Paseo de los Tristes, iban y venían turistas y jóvenes habitantes de las cuevas de la Fuente del Avellano y Sacromonte. Continuó ella dándole compañía y al llegar al pequeño puente, se detuvo. Comentó el hombre:
- Cada tarde, entre cuatro y media y cinco, me paro aquí un rato. Si algún día tienes tiempo y te apetece, ya que vives cerca de este lugar, me agradaría mucho saludarte y comentar contigo cosas. De Granada, los territorios que rodean a la Alhambra y otros lugares, tengo montañas de vivencias, sueños y relatos. Aunque todo es muy personal, son cosas bellas que trascienden y elevan.
- Lo tendré en cuenta.

Dijo simplemente ella.

Poco después, los dos se despidieron. La esperó él en este puente al día siguiente, al otro, al tercero y al cuarto. No la vio. Sí unas semanas después, cuando subía él por la Carrera del Darro hacia el puente, la descubrió por entre los turistas que recorrían la calle. Muy amable ella saludó y, durante unos segundos, comentaron algo y después se despidieron. Sucedió esto varias veces más a lo largo del curso y en alguna ocasión él le ofreció pequeñas cosas que llevaba en el bolso: almendras, nueces, un pequeño trago de gazpacho casero y también, algún relato escrito por él y convertido en librito.

Próximo a las fiestas de la Navidad, ella le puso un mensaje: “Buenas tardes. ¿Vas a estar en el puente hoy? Tengo algo pequeño que me gustaría darte por Navidad”. No vio él este mensaje hasta pasado unas horas. Y aunque respondió: “Gracias por tus noticias y el detalle de ofrecerme ‘algo pequeño por Navidad’. Siento no haber visto tu mensaje antes. Mañana sí estaré un rato en el Puente del Almez. ¿Te espero?” Y ahora fue ella la que no respondió. La Navidad llegó y él imaginó que por estos días había viajado a su país para encontrarse con su familia.

Fue así y a lo largo de todos estos días de fiesta, vacaciones en la Universidad de Granada, nada supo de ella. Al pasar cada tarde y donde, de vez en cuando veía al gato, miraba y la recordaba. También observaba el balcón de la casa donde vivía y lo veía cerrado. Se decía: “Es una gran persona, cariñosa, educada, respetuosa y de corazón noble y abierto. Y algo que valoro mucho, es su interés por conocer cosas y relacionarse con las personas. Ojalá pueda verla más veces”.

Pasaron los días de la Navidad y una tarde, todavía invierno pero de temperatura agradable y con brillante sol en cielos azules sobre los palacios y torres de la Alhambra, la vio. Tomaba el sol, sentada en el muro del río Darro, frente a la Alhambra y mirando para donde se oculta el astro rey. Bajaba él desde el puente y al descubrirla, el corazón se le llenó de gozo. Sigiloso se acercó sin que ella lo advirtiera. Ya casi a un metro, se paró y simplemente dijo:
- A esta muchacha la conozco yo.
Dejó de leer el libro que tenía en sus manos, miró mostrando cierta sorpresa y comentó:
- Claro que me conoces.
Y en ese momento percibió algo que nunca compartió con ella.

La imagen de su joven y hermoso cuerpo, recostado en el muro del río, frente a la Alhambra y bañada por la luz del sol de la tarde que se iba, resultaba hermosa, muy hermosa. Algo parecido a un sueño por la ternura y delicadeza que regalaba. Y tanto le impresionó esto que para sí se dijo: “Es el poema, el relato, la novela, la historia que siempre deseé escribir y no encontré cómo hacerlo”

Del libro que tenía entre sus manos, ella cogió algo. Un folio doblado por la mitad y se lo a largó diciendo:
- Este es el pequeño regalo que preparé para dártelo en Navidad.
Cogió el folio que le alargaba, observó despacio y descubrió el bonito dibujo que llenaba la mitad del papel. Una granada entera y la mitad de otra, perfectamente dibujadas en color granate. Al fondo se veían las torres de la Alhambra, algunas nubes y las cumbres de Sierra Nevada. Por la parte de atrás, en un castellano sencillo y claro había escrito: “Estoy muy contenta de haberte conocido aquí en Granada. Siempre disfruto las charlas en el puente del Rey Chico y me gusta aprender de ti sobre Granada y su historia. Para mí es como si tuviera un abuelo en esta ciudad. Y es muy bonito porque en Alemania yo no tengo abuelos. Gracias por todos los momentos bonitos. Sonja, Freiburg, Alemania”.

No encontró palabras para agradecerle tan original regalo. Simplemente dijo:
- De corazón, gracias. Es algo realmente bonito.
Durante largo rato, comentaron cosas frente al sol de la tarde y frente a la Alhambra. Se despidieron luego y él volvió a su casa con el interesante dibujo que le había regalado. Pensó que era un detalle valioso por lo sencillo y cariño que en ello había puesto. Por eso, en su habitación, lo colocó frente al ordenador con el deseo de dejarlo ahí a lo largo de mucho, mucho tiempo.

Quiso decírselo al día siguiente pero no la vio. Tampoco al otro ni en una semana ni en dos. Al finalizar el curso universitario y antes de marcharse de Granada, sí compartió con ella un rato de charla y despedida en el Puente del Almez. Al despedirse, le dijo:
- Volveré a Granada porque es una ciudad bella y porque aquí he vivido y dejo recuerdos hermosos y experiencias buenas, muy buenas.
- Es estupendo que pienses así.
Luego, para sí, el hombre pensó: “Todos los jóvenes universitarios extranjeros, al terminar el curso y presentir la marcha de esta ciudad, sienten y piensan como ella. Pero yo sé que luego la vida sigue, encuentran nuevos amigos, las vivencias se apagan y las cosas serán como sean y, casi nunca, como se quiere o sueñan”.

Se marchó. Al comienzo de un caluroso día de verano. Cada tarde él se acercaba hasta el puente y ahí, a la sombra del almez, pensaba un rato y la recordaba. Ya lejana, sepultada en el silencio, la distancia y los calurosos días de verano. Avanzó esta monótona estación del año, ya sin su presencia en la ciudad de Granada. Al pasar cada tarde junto al edificio donde había vivido, miraba y encontraba la ventana cerrada. Todo en silencio aunque como esperando algo.

Corría ya el mes de septiembre, comienzo de nuevo curso universitario. Escribía él algunas cosas sentado una tarde a la sombra del almez y ni siquiera se fijaba en los turistas a hippies que por aquí pasaban. Sin apenas ser consciente, se dejaba envolver por el murmullo del agua del río decorado por las laderas, bosques, torres y murallas de la Alhambra coronando la colina frente al Albaicín. Fue a mirar el reloj para ver la hora y, al mover su cabeza para la izquierda, la vio acercarse. Alta delgada, con su original sombrero de paja, tez blanca, ojos azules, pelo rubio y sonrisa clara. Le sorprendió tanto su presencia que no se lo creía: “Si no hace mucho se marchó a su ciudad y país ¿Cómo puede estar por aquí?” Se preguntó en su interior.

Como impulsado por un muelle, se levantó de donde estaba sentado, le salió al encuentro mostrando su contento al tiempo que le decía:
- Tu aparición es tan de repente que me parece sueño. Pero sé que eres tú. ¿Puedo darte un abrazo?
Sonriendo movió ella su cabeza afirmando al tiempo que se dejaba abrazar y también lo apretaba fuerte contra su cuerpo. Dijo:
- En mi país, aún tardarán unos días en comenzar las clases universitaria. Desde que me marché, no dejo de acordarme de Granada y como tengo aquí mi novio, he vuelto por unas semanas. Y como sabía que podrías estar en este puente, me presento para darte una sorpresa.
- Y qué sorpresa.
Expresó simplemente él.

La invitó a que, como en los días pasados, se sentara en el muro junto a él y bajo el almez.
- Es como un sueño volver a vivir esta experiencia.
Comentó. Ahí se sentó y durante largo rato, habló y le contó muchas cosas y también parte de sus sentimientos y sueños. Luego, antes de despedirse, él la invitó a dar algunos paseos, en los días que estuvieran por Granada, por algunos sitios y lugares de esta ciudad.
- Sí, quiero hacerlo porque me gusta Granada y todas las cosas que me cuentas. Es algo que hablamos y nunca pudimos realizar.

Y después, cuando terminó de repasar algunas de sus vivencias, sentimientos y añoranza a lo largo de los días ausente de esta ciudad, confesó:
- Ahora allí en mi país, a veces me siento como extranjera. A todas horas me acuerdo de esta ciudad, los amigos que por aquí he dejado y las experiencias vividas. Quiero volver y para siempre.

Nada arguyó él a estas confesiones suyas. Sí, de nuevo le propuso recorrer, en los días que estuviera en Granada, algunos sitios. Al día siguiente, al otro y durante casi una semana, despacio recorrieron, observaron y fueron comentando la subida y plantas por la cuesta del Rey Chico. Rincones por donde las ruinas del palacio de los Alixares, Realejo, Cuarto Real de Santo Domingo y Plaza Mariana Pineda. Aquí saborearon el chocolate con churros y visitaron el Palacio de los Navas. Quedaron para despedirse, de esta nueva marcha de ella, dos tardes después.

En esta última tarde, llovió. Menudamente y por eso parecía una auténtica tarde otoñal. A las cuatro y media, ya estaba esperándola bajo el almez del puente. Bajo un pequeño paraguas, apareció caminando lentamente pegada al muro de río. Sonriendo mientras se acercaba y con sus miradas clavadas en el que le estaba esperando. Al llegar, le regaló un sincero y respetuoso abrazo al tiempo que le decía:
- Fíjate qué día para una despedida como ésta tuya.
- Es lo que estaba pensando. Parece un día típico de mi país y ya sabes lo mucho que a mí me gusta el sol.
- De todas maneras, los días de lluvia, también son bellos y más bajo este almez, puente en el río Darro, con la Alhambra coronando y el otoño recién llegado.
- Lo que acabas de expresar, es cierto y también porque los días de lluvia, parecen regalar cosas íntimas, elevadas y espirituales.

Descargó su mochila, sacó de ella una pequeña bolsa de plástico, la puso sobre el muro de río y de esta bolsa, sacó unas granadas, almendras, nueces una pequeña botella de aceite de oliva y un botecito con esencia de lavanda. Le ofreció estos presentes aclarando:
- Los frutos son todos de mi pequeño huerto y esta esencia, extraída manualmente de las flores de espliego que crece en las Sierras de Cazorla, Segura y Las Villas. Poca cosa para lo que mereces tú. Pero todo con el mejor cariño para que lleves a tu familia algo especial de Granada.
Como sorprendida, solo comentó:

- El valor de las cosas en sí no está en que sean grandes o muchas. Lo pequeño y poco, si en ello hay amor y latidos puros de corazón, yo lo valoro mucho. Aprecio sinceramente lo que me das.

Y fue en este instante cuando él descubrió la sinceridad y belleza de la joven que tenía a su lado. Le ofreció compartir con ella en este momento, unas de las granadas que había traído. Aceptó la invitación y, durante un buen rato y mientras charlaban bajo la menuda lluvia que caía, frente a la Alhambra y frente a río de las aguas claras, desgranó lentamente una de las granadas y depositaba en sus blancas manos, los rojos granos de esta fruta. Momento y escena que se transformó en poesía con los matices de eternidad. Era de este modo como sentía y valoraba él, el sencillo y original encuentro para la despedida en la tarde de lluvia en el mismo Puente del Almez.

Paró un poco la lluvia, los dos caminaron por la plaza siguiendo el muro del río hacia abajo. Al llegar a la altura del edificio donde vivía, detuvieron sus pasos, se abrazaron con la ternura más limpia y pusieron las últimas palabras en sus labios:
- Cuando ya el otoño tiña por completo de rojo sangre las hojas en los árboles de los bosques de la Alhambra y montañas que rodean, cuando la lluvia caiga y de los arbustos, los madroños cuelguen rojos, me acordaré de ti. Quizá escriba un cuento o una poesía mientras sueño que has sido un deseo de mi alma y por eso limpio y fresco como la fantasía de un niño. Más no puedo darte pero tú me dejas un mundo grande.
Dijo él. Ella simplemente susurró:
- Gracias.

Tres días después, de ella recibió el siguiente correo: *"Muchas gracias por tus palabras y el relato de las madroñeras. Me ha gustado mucho este relato poético y filosófico, y me llama el interés intentar de traducirlo al alemán y, si me da tiempo, hacer una ilustración de este relato. Leyéndolo me parece casi como que puedo ver el otoño de Granada ante mis ojos, con sus colores y perfumes y todas las hortalizas que, gracias a tu generosidad, he podido probar. Me da mucha añoranza este pensamiento pero al mismo tiempo me hace feliz recordar el tiempo en Granada.*

Ya estoy de vuelta en la universidad e intentando adaptarme de nuevo a la vida en Alemania pero todavía me cuesta. Después de vivir este año en Granada parece que ya tengo algo de española en mí y me siento extranjera aquí en Alemania. El otoño de Alemania también tiene su belleza, pero voy a tener que acostumbrarme un poco más para reconocerlo. Espero poder volver a Granada cuando tenga algunos días libres de la universidad.

Quería darte muchas gracias de nuevo por todos tus regalos generosos, los estoy guardando con mucho cuidado y son muy valiosos para mí. He compartido todo con mis padres y sobre todo mi madre estuvo muy feliz de probar todo. Normalmente ella siempre busca nueces en otoño, pero este año parece que no hay muchas en Alemania, o las ardillas ya se han llevado todas. Ella creció en un pueblo en el campo y su padre era jardinero, así que tiene una relación cercana a la naturaleza. Te envío dos fotos de las aceitunas secas y las granadas, como los hemos arreglado en la mesa para disfrutar con la mirada y el gusto.

Me acuerdo con mucho cariño de nuestras juntas en el puente y la caminata. Para mí ya no es el puente del Rey Chico, es "el Puente del Escritor". Te deseo lo mejor y espero vernos de nuevo en Granada. Un saludo de Friburgo en Alemania, tu amiga Sonja".